Lázaro al resucitar pidió una cerveza

Ignacio Solares

Para Gonzalo, Hernán, Rafael, Sealtiel y Vicente por las cervezas compartidas. Me hubiera gustado también dedicarle este artículo a José Ramón, pero cuando él bebía —y de eso ya hace más de treinta años— mientras yo tomaba una cerveza, él le daba largos y continuos tragos a una botella de ron.

Para ubicar un sentimiento, cualquier sentimiento, hay que ponerle nombre. Si en algún momento de nuestra vida no nos dijera alguien: eso que te sucede se llama estar enamorado, no sabríamos lo que es estar enamorados. Por donde van a pasar los hechos han de pasar antes las palabras. Así, mi abuela me decía que si, a principios del siglo, durante las sobremesas no se hubiera hablado tanto de una posible Revolución, ésta nunca habría sucedido. Lo mismo, en las corridas de toros, si un espectador no gritara: ¡lo va a agarrar!, el toro no cornearía al torero. Es la voz —la palabra, dicha o escrita— la que precipita los hechos.

Con el alcohol sucede lo mismo, en especial cuando empezamos a beber, que por cierto puede coincidir con empezar a enamorarse.

Yo no sabía lo que era una cruda, hasta que un amigo mayor que yo me la ubicó. Tendría unos diecisiete años. Había bebido un par de cubas libres en alguna fiesta y no me había sucedido nada, pero en aquella ocasión —quizá porque me tomé tres o en efecto sufrí alguna decepción amorosa— sí me sucedió. Me sentía mal —física y moralmente—, pero, lo peor, no sabía qué hacer con mi malestar. "Eso que te sucede se llama estar crudo". "¿Yo estoy crudo?", pregunté como si me hubieran diagnosticado una enfermedad fatal. "Claro, hay a quienes les da y hay a quienes nunca les da. O puede de repente empezar a darte. Es como volverte alérgico a la penicilina. Puede sucederte con la inyección número mil de tu vida". "¿Y qué hago entonces", le pregunté con manos temblorosas, (curiosamente me empezaron a temblar a partir del instante en que mi amigo me dijo, y yo asumí, que estaba crudo). Sus palabras, de nuevo, me abrieron los ojos a una nueva realidad. Dijo: "Lo que se hace en esos casos, lo que se ha hecho desde que nuestro padre Adán despertó alguna mañana crudo: tómate una cerveza bien fría".

En ocasiones, para exorcizar el sentimiento y el malestar que conlleva, no sólo es necesario confesárnoslo a nosotros mismos sino, de ser posible, decírselo a los demás: "¡Estoy crudo, denme una cerveza!". Algo así como el bebé que llora en la cuna ante la impotencia de sus padres. Si pudiera decirles: me duele aquí o allá, los padres sabrían qué hacer. Pero no hay peor dolor que el del llanto que no sabe su motivo… O el del crudo que no quiere reconocer su cruda, que también abundan.

Hace algunos años, mi amigo Gonzalo Celorio me ubicó —nombró— una de las crudas —uno de los males— que más aquejan a la humanidad y que, sin embargo, hay primero que conocerle el nombre para, después, sólo después, descubrirle el remedio. Se trata de "la cruda del negro". ¿Han oído hablar de ella? Sus características son únicas. Después de una noche de farra, uno se despierta de lo más bien con unas cuantas —tres o cuatro— horas de sueño. Nos bañamos y rasuramos felices de la vida, silbando. El asombro ante nuestra resistencia al alcohol nos permite llegar de lo más orgullosos y jubilosos a la oficina, con una amabilidad inusitada. Será sólo al mediodía —tiene

Alberto Gironella, *Farolito*, 1994

que ser al mediodía— al firmar unos papeles o dictar una carta, por ejemplo, cuando mentalmente nos veamos entrar por un largo callejón sin salida que, indefectiblemente, lleva a una ventana por la que se asoma, descarado, un enorme negro con una sartén en lo alto. Es por demás tratar de huir —provoca peor angustia—: el negro nos golpeará sin remedio en la cabeza con la sartén. Casi, más vale resignarse, como esos animales que ofrecen el cuello a su verdugo. A partir de ese momento, el derrumbe del mundo será total. Empezamos a sudar, el nudo de la corbata se nos afloja solo, la secretaria se preocupa por el temblor creciente de nuestras manos, y sólo si ubicamos el tipo de cruda que estamos padeciendo tendremos el valor de solicitar el remedio:

—Consígame una cerveza, rápido, por favor.

Por supuesto, lo ideal es prevenir este tipo de cruda tomándose la cerveza al cuarto para las doce —tiene que ser exactamente al cuarto para las doce. Entonces el negro se limita a vernos llegar pero baja su sartén, resignado, sonriéndonos con ironía.

Tito Monterroso proponía que hubiera una tarjeta llamada *Bancruda*, que se pagara anualmente y permitiera pedir una cerveza en cualquier restaurante o tienda del mundo, a la hora que fuera, sin tener que pagarla. Tenía lógica porque, decía Tito, es posible que la cruda nos pesque en los lugares más insospechados y sin dinero o cambio para pagar la cerveza.

Fue el torero Manolo Martínez, ya fallecido, quien me descubrió las virtudes de la cerveza para beberla en todo momento.

—Si no estás bebiendo, toma cerveza nomás —me aconsejaba.

En efecto, mis amigos se sorprenden que de pronto no beba o casi no coma.

—Es para no tener que volverme abstemio. O para no tener que ponerme a dieta —les explico.

En tales casos, lo ideal es la cerveza.

Dice la gente:

—Cómo andará de medido con el alcohol que sólo bebe cerveza.

Ot roamigo me confesó que si no fuera por el cartón diario de cerveza que se bebía, se habría vuelto alcohólico.

¿A qué hora empezaba a beber el actor Humphrey Bogart? Porque declaró: "En una ocasión, sólo en una ocasión, dejé de beber, y pasé la peor mañana de mi vida".

O esa frase antológica que le oí al escritor Mauricio Molina, que también suena arquetípica: "Toda euforia que no provenga del alcohol es ficticia".

Me gusta la paradoja que encierra, terreno en el cual Wilde y Chesterton fueron maestros. Wilde decía, por ejemplo: "Si tengo los suficientes lujos a mi alcance, puedo renunciar a las cosas sencillas de la vida". O ésta de Chesterton, admirable: "El loco es aquél que ha perdido todo menos la razón".

Pero bueno, volviendo a nuestro tema, quizá la frase que más me gusta en este sentido es de Benjamín Franklin y la descubrí, enorme, a la entrada de un bar en San Diego: "La cerveza es la prueba de que Dios nos ama y quiere que seamos felices".

Por su parte, Alí Chumacero dice: "No es bueno comer con el estómago vacío, por eso hay que tomarse antes una cerveza".

En efecto, antes de empezar a beber, es ideal la cerveza para quitarse la sed (qué peligroso quitarse la sed con el tequila, por ejemplo). Y si se ha bebido en demasía, nada como la cerveza para el inevitable regreso a la realidad, a la cruda realidad. Por eso dice uno:

—Ya quiero pararle a la bebida, sólo denme cerveza.

En fin, cómo no agradecerle al creador de los cielos y de la tierra la cerveza, que por algo es de las bebidas

Por supuesto, lo ideal es prevenir este tipo de cruda tomándose la cerveza al cuarto para las doce. Entonces el negro se limita a vernos llegar pero baja su sartén, resignado, sonriéndonos con ironía.

más antiguas y además se llama de moderación. Hay que abrirla uno mismo (si es en lata, me gusta más), servirla lentamente en el tarro, con mucha espuma, con esa espuma tan blanca que burbujea, se infla y termina por romperse en pequeños cráteres.

Pero, además, como también decía Chesterton, yo creo que, junto con el vino, es la bebida más cristiana. ¿O ustedes se imaginan que cuando Jesús resucitó a Lázaro , éste, después de estar varios días dentro de una tumba; cuando Cristo le dijo levántate y anda, el pobre de Lázaro obedeció sin más trámite? Por supuesto que no, se paró con su sudario rasgado, todo empolvado y tembloroso —la cruda que le provocaría estar ahí enterrado— y antes de dar el primer paso pidió algo de beber. Pero no pidió una copa de vino, qué va, pidió una cerveza bien fría y su hermana Martha corrió al refrigerador a buscársela. A partir de esa cerveza, seguramente, se resignó mejor a su regreso a la vida, lo que es decir, de nuevo, a la cruda realidad.

Los lugares en donde mejor sirven las cervezas son las plazas de toros. Esos cerveceros la dan en su punto perfecto. Inclinan el vaso con gran sabiduría, de tal manera que la cerveza queda con toda su espuma. Además es ideal porque no la tienen congelada sino sólo en hielo. La cerveza nunca debe estar demasiado fría sino sólo fresca. Por eso una corrida de toros es inconcebible sin sol y sin cerveza, y por eso los lugares que Alí Chumacero tiene en el primer tendido de sombra son, justo, junto a un cervecero; porque, me enseñó, hay que tomar una cerveza por toro, ni una más ni una menos. Por supuesto nos han tocado corridas de ocho toros en las que, además, algún torero regaló un toro, con lo cual sumamos nueve cervezas. ¿Pero qué importa si, como dice Alí, estamos en un ritual casi religioso —la corrida misma—, celebrando con una bebida que es sagrada?

La cerveza es una bebida tan religiosa que esconde un secreto insospechado: su agente principal se sacrifica —se crucifica— para que podamos beberla. Esto me lo descubrieron mi hija Maty y Aarón Montero, que son químicos en alimentos. Resulta que ese agente, que tiene un nombre casi impronunciable, *Saccharomy Cescerevisiae*, pertenece a un grupo de microorganismos conocidos como levaduras, capaces de convertir el azúcar en alcohol. En épocas remotas —los registros más antiguos de la elaboración de la cerveza se remontan a Sumeria, lo que hoy es Irak, hace más de cinco mil años; nomás porque ahí empezó a elaborarse la cerveza no tenía Bush derecho a invadir Irak—, en épocas remotas, decía, se ignoraba la existencia de esos microorganismos llamados levaduras y, en efecto, los cerveceros se explicaban la fermentación como una forma de intervención divina. Hay que imaginar a lo que sabría en aquel tiempo una cerveza, suponiendo que de veras nos la mandaba Dios. Luego vino Pasteur y, parece, se aclaró el misterio. Pues no, al contrario. Porque ese proceso de fermentación terminará cuando el tal bichito, *Saccharomy Cescerevisiae,* se muera, se inmole, para entonces y sólo entonces, dar lugar al nacimiento de la cerveza.

Alberto Gironella, *Malcom Lowry rueda de la fortuna i*, 1986